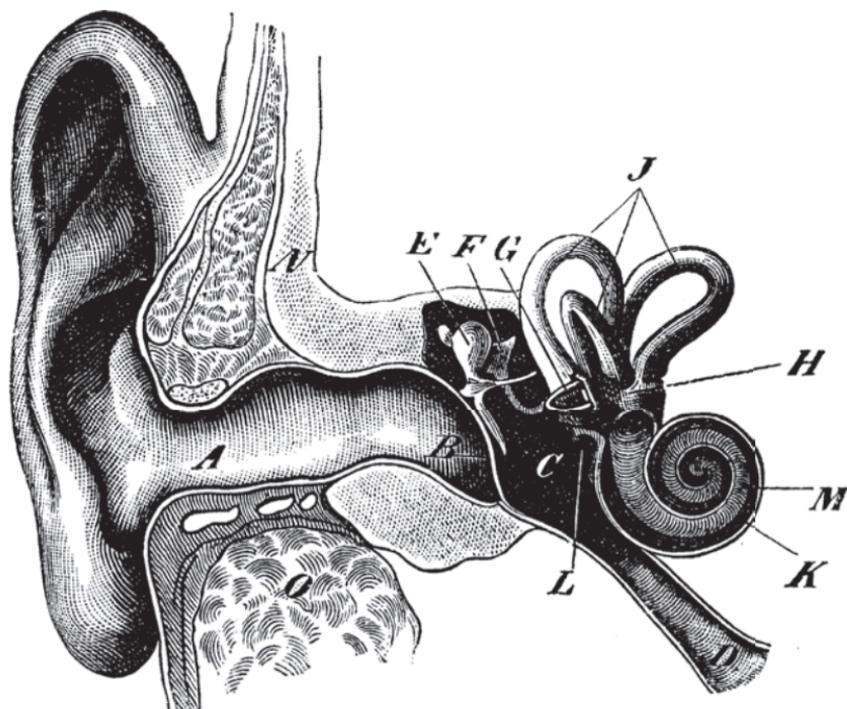


# EL CHISME



UN RELATO DE RISTO MEJIDE

RISTO MEJIDE

EL CHISME



ESPASA © NARRATIVA

© Risto Mejide, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración de la cubierta: © Morphart Creation / Shutterstock

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.203-2021  
ISBN: 978-84-670-6107-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Egedsa

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I. Pabellón .....	212
II. Tímpano .....	178
III. Martillo .....	142
IV. Yunque .....	106
V. Estribo .....	50
VI. Vestíbulo .....	30
VII. Cóclea .....	10

I.

# Pabellón

La vida me iba pequeña. Siempre pensé que necesitaba cambiar de talla, que merecía mucho más de lo que obtenía, por muy bueno que fuese lo que llegara a conseguir. Insatisfecho crónico, síndrome del mediocre con criterio, da igual cómo quieras llamarlo. De los que hemos sido sentenciados con ninguna habilidad culinaria, pero eso sí, con un extraordinario paladar. Seguro que, al fin y al cabo, mi talento no daba para más. Pero esa fue mi actitud durante todos aquellos años. Ha llegado el momento de reconocerlo. De asumir responsabilidades. De buscar dentro lo que no encontré fuera. Por eso mismo me encuentro hoy donde estoy. Y, seguramente, por eso mismo he acabado pagando un alto precio.

No sé por qué las víctimas de accidentes aseguran no recordar nada del momento justo del impacto. Nadie se atreve a cuestionarlas —por algo son víctimas, ya tienen bastante con lo que tienen—, pero, para mí, una de dos: o mienten o, pese a su desgracia, han tenido mucha suerte.

Yo lo recuerdo absolutamente todo. Fotograma por fotograma, milímetro a milímetro, las imágenes vuelven una y otra vez a mis ojos, porque son los ojos los que me las proyectan hacia adentro, como en la pantalla de un cine, pero por la parte de atrás. Y ahí apareces tú, justo antes de mi segundo nacimiento, desparramada en el asiento del copiloto, dormida y ajena a lo que ocurriría tan solo unos segundos después.

Eso sí, la memoria es siempre caprichosa y los recuerdos son la suegra de las sinapsis, se presentan siempre en mal momento y sin avisar. Contrariamente a lo que la gente cree, son ellos los que eligen quedarse a vivir en nuestra memoria y no nosotros los que los seleccionamos. Por eso a veces recordamos tonterías que no llevan a ningún lado. Un gesto, una palabra, una mirada, un olor, un sabor o un día determinado. Por eso a veces olvidamos detalles que juramos no olvidar jamás. Un gesto, una palabra, una mirada, un olor, un sabor o un día determinado. No serás nunca tú quien decida si los recordarás o no. Ellos solos serán los que irán almacenándose en la trastienda de la consciencia sin pedir permiso, e irán volviendo a aparecer también cuando les dé la gana, por supuesto, sin pedir perdón.

Por eso, a veces mi memoria salta de tu imagen dormida a tu imagen ensangrentada, justo después del impacto. Mismos ojos cerrados. Pero distinta causa. Distinto estado. Distinto todo. Mi memoria salta, sí, pero eso no significa que no recuerde todo lo demás.

Otra cosa es que pueda llegar a explicarlo.

Y ya no digamos escribirlo.

Puedes llamarme Diego por la necesidad de ponerme algún nombre, por aquello tan humano de empatizar. Pero llámame como quieras, total, seguro que, si alguien nos presentara, mi nombre sería lo primero que ibas a olvidar. De hecho, si fuésemos rigurosos con lo que era mi vida, deberíamos haberme puesto un número y ya está. Algo así como 0,00000000000006. Puede que parezca que sobran muchos ceros. Pero si están ahí puestos es porque tienen que estar. Todos bien pegaditos, todos a la izquierda, que da pereza hasta ponerse a contar. Eso sí, si le hubierais preguntado a mi madre, ella os habría dicho que era un dos por tres por diez elevado a menos trece, que siempre viste más.

El caso es que yo era todo eso con dos patas, mucha pereza, incontables ceros, todos a la izquierda y, en definitiva, un estorbo para esa gente que conseguía triunfar. El que lograba acabar siempre las colecciones de fascículos. El que hacía cola desde antes de que abrieran las tiendas. El que siempre se leía todas las tapas de los yogures que venían en portugués. Lo más emocionante que podía pasarme era que el cartero se equivocara de buzón y pudiese hurgar en las facturas de mis vecinos.

Por aquel entonces, meses antes del accidente, trabajaba en una empresa de inteligencia artificial. La única independiente del ramo que operaba en Madrid. Mi departamento, Synthetic Biology, DNA Computing, Evolutionary Computation and Deep Learning

(SBDNACECDL), aunque, al final del día, hacía cosas cuya complicación —como suele ocurrir— era inversamente proporcional a la pronunciación de su propio acrónimo.

En algún momento de toda existencia, la vida te da dos opciones: saber casi nada sobre muchas cosas o saberlo casi todo sobre prácticamente nada. Lo primero suele llamarse generalista. Los generalistas son gente feliz cambiando de asunto, porque en el cambio está lo que los estadísticos llaman la varianza, que es su manera de llamar a la felicidad. La distancia entre lo que hacen y lo que hacían es lo que dibuja su electrocardiograma para sentirse vivos. Eso sí, hacer cosas distintas, saber un poquito de tantas cosas, acumular experiencias a cada cual más diversa, eso está reñido con ser especialista en nada y, por lo tanto, con profundizar. De este modo, cuando acumules ciertos años, serás una persona con mil y un pasados, pero es cierto que no aportarás nada relevante a la comunidad, a no ser que consideres algo relevante el tener muchas cosas que contar. Pero entonces piensa que igual ya estás profundizando, aunque solo sea en el noble arte de contar.

Esta opción es la de los que aman las cosas que cambian. La otra opción son los que cambian las cosas.

Es la de los especialistas. Esta sería la mía. Los especializados nos detenemos para que los demás podáis avanzar. Investigamos, descubrimos, analizamos, estudiamos y damos respuestas que nadie antes

pudo dar. Sabemos cómo funciona tu móvil, ese con el que haces de todo menos llamar por teléfono. Nuestra vida son los datos. Datos que agrupamos en información y luego en conocimiento gracias a complejos procesos a los que llamamos algoritmos. Soy parte de los llamados trabajadores STEM (ciencia, tecnología, ingeniería o matemática), investigadores en los que países como Corea del Sur han prometido invertir hasta veinte mil millones de dólares y generar más de cinco mil nuevos puestos de trabajo en los próximos años. ¿Y por qué Corea? Pues igual tiene algo que ver que sea el país que más invierte en I+D del planeta (hasta el 4,5 por ciento del PIB), mucho más de lo que invierte Alemania (3,06 por ciento), Estados Unidos (2,79 por ciento) y ya no digamos España (1,20 por ciento). Quizás por eso trabajaba en una empresa continuamente visitada por coreanos. Quizás por eso todos los buenos de aquí acababan trabajando allí.

Aunque a ti todo eso te dé lo mismo. Para resumirlo mucho, en esta vida, solo se puede ser mecánico o explorador: o perteneces a los que sabemos cómo montar y desmontar un motor o eres de los que se montan y ven hasta dónde se puede llegar. Al final, como dijo el sabio, todos somos ignorantes en muchas cosas. Y a todo lo demás es a lo que llamamos especialidad.

Alucinarías la cantidad de investigadores que nos dedicamos a no salir en ningún *paper*, porque no firmamos en ningún sitio. Y, sin embargo, gracias a noso-

tros, otros se llevaban las medallas, los Príncipe de Asturias, los Nobel, los Abel y yo qué sé más. Para que ellos descubran mil cosas, nosotros tenemos que arremangarnos para investigar doscientas mil. Mientras ellos se dedican a dar conferencias por todo el mundo, alguien tiene que estar extrayendo datos en una fría sala de laboratorio y cotejando que lo que dicen se sostiene en alguna evidencia empírica. Ese, el de la cueva, soy yo.

La ventana de mi vida era una página en blanco. Se trataba más bien de una minúscula claraboya. Porque sí, yo, además de ser mecánico, también quería explorar. Yo también me creía escritor. Pero no cualquier escritor. Un escritor en ciernes, que es lo mismo que decir nada. Mi estilo —si es que en algún momento tuve de eso— estaría entre un Jonathan Franzen ebrio y un Chuck Palahniuk sobrio. Ambos en un mal día. Me gustaba pensar que, si existiera un callejero con los estilos literarios, esos dos «colegas» y yo viviríamos en la misma calle sin salida. Otra falacia. Otra promesa que se quedaría en mentira. Sí, ese era yo. Un don nadie convencido de que dentro de mí habitaban miles de personajes con millones de historias interesantísimas que solo hacía falta dejarlas salir para que la humanidad entera se diese cuenta del genio que habitaba en mí. Vale, ya lo sé. Mi ego extendía cheques que mi talento no era capaz de pagar. Pero qué le vamos a hacer, a veces la madurez no llega a tiempo a su cita con los años. Así que, ahí me tienes, la máxima expre-

sión del especialista especializado especialmente en una especialidad. Mi función, me gustaría decirte que tardaríamos dos libros como este en explicarla, pero no sería cierto, así que vamos a ser todo lo frívolos que podamos: me encargaba de darle a un botón rojo cuando un ordenador hacía algo mal, y a un botón verde cuando hacía algo bien. La única conversación relevante de la jornada la tenía cada mañana justamente con él, con mi propio ordenador. Una especie de Alexa un poco más sofisticada, a la que había bautizado como Judas. El nombre lo elegí porque era el único que no verás aplicado jamás a cualquier ser humano, no me preguntes por qué.

—Buenos días, Judas.

—Buenos días, Diego. Tu última conexión fue ayer martes, a las veintiuna cuarenta y cinco. Uf, jornada dura la de ayer, trabajaste catorce horas seguidas, con veinticuatro minutos para almorzar. La buena noticia es que tu finiquito actualizado a día de hoy sería de treinta y cinco mil setecientos doce euros con treinta y siete céntimos. ¡Ánimo, campeón!

—Gracias, Judas.

—¡Que tengas un buen día!

Fin de la conversación. Resto de la jornada en silencio. Imaginando historias. Escribiendo y reescribiendo la misma página que muy pronto iba a acabar borrando. Y eso sí. Dándole a los dos botoncitos. Rojo y verde. Sin interactuar con prácticamente ningún otro ser humano. Total, ¿para qué? Si la humanidad se puede

distinguir también entre los rojos y los verdes. Dividir, el gran invento de la humanidad. Lo que nos ha hecho avanzar como especie y, sobre todo, lo que nos ha hecho rentabilizar cualquier cosa. Tú divide a un grupo —por raza, por patria, por sexo o por ideología— y enseguida le habrás encontrado una rentabilidad. ¿Divide y vencerás? No, divide y ganarás, que no es lo mismo. La unidad no vende, porque la unidad es indiferenciada. Y nadie saca beneficio de individuos iguales. Todos buscamos ser especiales. Y donde hay una búsqueda, hay una inquietud y, por lo tanto, hay un negocio.

Volvía siempre del trabajo entre la tarde y la noche, demasiado tarde como para hacer otras cosas, y demasiado pronto como para no hacer nada más.

La portería estaba custodiada por la señora Faustina, viuda, que hacía años que había sustituido a su marido por una mopa. «Es igual de divertida, y no me da tanto trabajo», aseguraba entre risas y miradas incómodas de los demás. Cada vez que Faustina me veía aparecer por la puerta, me soltaba el mismo saludo, un buenas tardes cualquiera, seguido de algún comentario que hiciera referencia a lo mucho que trabajaba, sintiendo así que abrochaba el último botón de cada jornada, el respunte de una rutina como tenía que ser. La comodidad de lo repetido, el confort de la cotidianidad. Sin embargo, ese día, doña Faustina obvió el ritual del saludo y se interpuso en mi camino a modo de coreografía jamás ensayada, con lo que los dos estuvimos a punto de tropezar.

—Esteeee...

—Dígame, doña Faustina.

—Tu madre.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, nada. A ella nada.

—¿Está bien?

—Mira, Diego, tú sabes que os quiero a toda la familia como si fuerais de la mía.

—Lo sé...

—Pero también sabes que al final tengo que mirar también por la mía.

—Sí...

—Bueno, pues es que tu madre...

—Dígallo, Faustina, que me está preocupando...

—Tu madre hace tiempo que no me paga el alquiler. Y así no puedo seguir.

Aquellas palabras cayeron en mi conciencia como móvil en váter usado. Sin tiempo a poder evitarlas. Y de consecuencias tan imprevisibles como desagradables.

—No es posible...

—Sí, claro que lo es.

—¿Y cuánto hace que no...?

—Seis meses.

—Eso son...

—Seis mil euros. Y con el mes que estamos, siete mil.

—No puede ser.

—Sí, lo es. Y mira, si no me paga este mes, yo ya no puedo poner más excusas. La inmobiliaria me ha dicho que pedirá su despecho.

—Su desahucio.

—Eso.

Aquella noche volví a soñar mientras dormía. Para mí, soñar despierto era lo más parecido a estar vivo. Soñar dormido, en cambio, era lo más parecido a haber muerto. Te ves a ti mismo en tercera persona, solo pasan cosas que no responden a ninguna lógica y encima tus actos y tus decisiones ya no dependen de ti. De hecho, a veces, los sueños parece que estén anticipando lo que te va a ocurrir en otra vida que no será esta, es decir, cuando ya no estés.

Lo peor de un sueño no es lo que revela. Ni lo que oculta. Ni siquiera lo que se puede interpretar de él. Lo peor de un sueño es siempre lo mal construido que está. Ni secuencias, ni escenas, ni protagonistas, ni antagonistas, ni introducción, ni nudo, ni desenlace, ni *na de na*. Si es verdad que soñamos todas las noches, aunque no lo recordemos, y que pasamos ocho horas de media durmiendo durante los noventa años que puede llegar a durar nuestra existencia, eso significa que nos tiramos treinta años viendo películas sin ton ni son, mal producidas, mal rodadas y, seguramente, mal interpretadas. Eso sí, nos las creemos igual. O incluso más.

En este caso, se trataba de un sueño recurrente. Los sueños recurrentes son aquellos que se resisten a una única función y, por alguna extraña razón que se te escapa, se acaban quedando en tu subconsciente varias temporadas ampliamente prorrogables.

El sueño empezaba siempre con un recuerdo real. Era en tiempos del colegio. Yo salía de clase y mis compañeros me habían vuelto a colgar la mochila en un tejadillo al que sabían que era incapaz de subir. Los padres de los demás niños se los iban llevando uno a uno, y a mí, que me tenía que ir solo a casa, me quedaban cada vez menos compañeros a los que pedirles el favor de que me bajasen los libros de ahí. En ese momento aparecía ella. Me decía que no me preocupase, que me los bajaría.

Un niño maltratado lo sigue siendo toda su vida. Niño y maltratado. Las vejaciones, los insultos o sim-

plemente el vacío que puedas llegar a sentir por parte de los demás, en tu fuero interno, siempre sientes que te lo mereces. Que te lo has ganado. Nadie debería quererte, así que no te extraña cuando nadie te lo demuestra. Y por eso, también sientes lo contrario cuando alguien de pronto te quiere bien. Será un error, piensas en el fondo. Esa persona estará equivocada. No se da cuenta de que no lo mereces, que es injusto que te quieran a ti, que en el fondo algún día se darán cuenta y te abandonarán entre terribles sufrimientos, que son los que realmente deberías sentir.

Pero bueno, ya lo verá.

Ya me verá.

Ocho de la mañana. Pese a haberse ido a dormir pasadas las tres, Valentina llevaba ya diez minutos despierta mirando de reojo al móvil. Desde la cama no podía ver la pantalla, pero sí le llegaría la luz que desprendería en caso de recibir un mensaje. Bueno, un mensaje, no. EL mensaje. Como ella no quería que se le notase, intentaba no mirar hacia el dichoso *gadget*. No hay nada más estúpido que tratar de hacerse la indiferente con un aparato, pensó. Se dio la vuelta y trató de seguir durmiendo. Nada.

Las ocho y cinco. Los datos de audiencias se habrían publicado ya hace la friolera de cinco minutos. Trescientos segundos. Los tendrían ya sus jefes. Sus productores. Quizás hasta alguno de sus compañeros. Todos sabrían la nota de su trabajo. Todos, menos ella. En breve se iban a decidir tantas cosas. Para empezar, en breve se iba a acabar enterando todo el país. La tele es el único examen en el que las notas se reparten cada día delante de todo un país. Ante esa premisa, trata de sobrellevar un suspenso. Y es que, en función del dato, su programa iba a ser considerado un éxito o un fracaso. Sí, se trataba solo del primer programa de entrevistas que hacía en *prime time*, la primera vez que salía de su zona de confort de los informativos y se postulaba como presentadora de entretenimiento en *prime time*, pero eso ahora ya daba igual. Se había lanzado a la aventura de hacer las entrevistas que a ella le hubiera gustado ver en televisión. Y lo había hecho como creía, con gente que sabía de lo que hablaba. Con físicos. Con

antropólogos. Con psiquiatras de prestigio. Vaya, con los que serían automáticamente descartados en la primera ronda de cualquier *reality show*. Era una apuesta por la palabra, por el conocimiento, por más gente interesante y menos gente interesada en televisión. La suerte estaba echada. Y los datos le darían la razón. O no.

Si el programa tenía un mal comienzo (un dato por debajo de la media del canal del seis por ciento de audiencia), iba a ser muy difícil subsistir en la parrilla. Su *timeline* vital (ese que incluye las redes sociales, sí, pero también las conversaciones telefónicas, las miradas de la gente, los artículos de opinión, los mentideros profesionales e incluso algún que otro WhatsApp) se llenaría de fracaso, de condescendencia, de tristeza, de palabras de ánimo, de compasión. Y también de trolls haciendo de eso, de trolls. De pronto, Valentina sería una apestada profesional, como si nada de lo que hubiera hecho en sus veinte años de trabajo importase de golpe, como si hubiera contraído una contagiosa enfermedad de la que todo el país estaría al tanto, y con la que nadie se querría relacionar. Un fracaso en televisión no es como un fracaso en cualquier otra industria. Cuando el miedo es quien realmente toma las decisiones, el punto y seguido de un fracaso puede convertirse en tu punto final. El cementerio televisivo está lleno de buenísimos profesionales —vivos— que un día tuvieron un traspíés. La tele solo baila con quien ha bailado entero el último baile, no necesariamente con quien sepa bailar.

Si, por el contrario, el programa hubiera hecho un buen dato (más del siete por ciento, y ya no digamos un ocho o un nueve, ¿te imaginas un diez?), los titulares serían otros radicalmente distintos. Otra película. La historia de un éxito, de un acierto, de un podéis seguir trabajando, de un todo el mundo se lo esperaba, de «Ya os dije yo que esta chica lo iba a petar». Tras la batalla, todos mariscales.

Las ocho y diez. Seiscientos segundos. Y el mensaje de las audiencias aún sin llegar. Esto es un mal augurio, pensó Valentina. Es una mala señal. Si hubiera sido un buen dato, ya se lo habrían hecho llegar.

Se ilumina la pantalla. Valentina coge el móvil como si le fuera la vida en ello. Mensaje de Elvira, coordinadora de invitados: «Mi niña, qué programón anoche, felicidades, jabata, independientemente del dato, es para estar orgullosa». ¿¿Independientemente del dato?? ¿Eso es que Elvira lo conocía y ya empezaban a sonar las plañideras? ¿O era porque tampoco lo sabía y le quería felicitar antes de que fuese público? Valentina no se atrevió a preguntárselo. No quería dejarse a sí misma en evidencia: cómo ella, la presentadora de su programa, no iba a saber el dato antes que los demás.

«¿Y si les llamas tú?».

Ni de coña, pensó. Prefería sufrir con la tensa espera antes que con la humillación de mostrar desesperación.

Ocho y cuarto. Valentina decidió ganar tiempo e irse duchando mientras llegaba la nota. Su nota. Su punto y seguido. O su punto final.

Mientras se duchaba, pensaba en por qué se dedicó a lo que se dedicaba. Qué es lo que la había traído hasta aquí. Recordó sus años en la facultad, cuando todo era puro, nuevo y excitante. Cuando aún creía que iba a encargarse de contar la verdad al país entero, porque ella iba a ser una periodista de esas a las que califican «de raza», cuando se imaginaba a sí misma haciendo reportajes de guerra, entrevistando a terroristas internacionales o cubriendo un conflicto diplomático entre Oriente y Occidente o una escalada de violencia en Afganistán.

Y de pronto, se vio hoy, esperando un *share*. Su vida a cambio de un porcentaje. Se encogió de hombros ya con la toalla puesta. Y sonrió.

Las ocho y veinticuatro. Mensaje. Esta vez de Raúl, director del programa. Adiós sonrisa. «Un tres por ciento. El sábado comemos antes del programa y hablamos».

Una ambulancia no es más que el taxi del dolor. Te subes —o, mejor dicho, te suben— y desde ahí sabes que todo lo importante será urgente, y viceversa. Es quizás el único lugar del mundo donde eso ocurre. Eso y que la carrera no se cobra solo en dinero, sino en aliento, que es el resultado de restarle segundos a la salud.

Ahí estoy yo, incapaz de moverme. Tumbado hacia arriba sobre una camilla. Zumbido constante en mis oídos. Cada poro es una aguja que me pregunta si ahora duele. ¿Y ahora? ¿Y ahora? Los ignoro todos, porque tampoco sabría darles respuesta. Me quedo quieto. Inmóvil. Observando todo aquello en lo que antes ni me fijé. El cielo. Las nubes. Los árboles. Pájaros. Secuencias infinitas de cosas que no dependen de mi accidente y a los que, de hecho, les da igual. Todo lo que no es aquí es bonito. La belleza de la distancia. La distancia al dolor, claro. Y de pronto, más que la sangre, más que mis heridas, más que mi cuerpo entumecido e interrogante, me duele una palabra. La primera parte de mi cuerpo que noto que me falta. Tú.

Dónde estarás. Y, sobre todo, cómo.